

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



En general, en las democracias consolidadas la participación ciudadana en procesos electorales ronda entre el 50 y 70% de la población en edad para votar. Cuando se alcanzan niveles del 80% o más, se considera un verdadero éxito. Esto último sucedió en la reciente elección presidencial en Chile cuando en una segunda vuelta se impuso la candidata Michelle Bachelet. Es lugar común afirmar que bajo sistemas democráticos la ciudadanía participa de manera informada; no necesariamente ello es así. Existen muchos ejemplos de manipulación que hacen ganar a candidatos por simple imagen o por su manifiesto mesianismo. Finalmente, en lo que sí parece haber consenso es que los regímenes democráticos, aunque imperfectos, representan la mejor opción para la libre participación ciudadana. Incluso para aquellos que deciden no participar en los procesos electorales; que bien podríamos llamar abstencionistas reincidentes o por qué no, irredentos.

En todo proceso electoral hay una franja de ciudadanos que deciden hasta el último momento su voto. La decisión está precedida de todo tipo de dudas y al final factores de diversa índole inclinan su decisión: Carisma, oferta, imagen, dislates, etcétera. Este tipo de comportamiento o de tipo de elector es definido como "switcher" o cambiante. Después del "voto duro" que prácticamente todos los partidos tienen, los "switchers" son los electores más apetecibles para los candidatos. Ganar esa franja es lo que puede significar acceder o no

al poder. Los analistas han estimado que en este momento en México la población "switcher" sería de entre 9 y 12 millones de personas.

Lo preocupante es que esa cifra pudiera pasar a engrosar el número de aquellos que han decidido definitivamente ya no participar en elecciones. Son los ciudadanos perdidos por la democracia política. Para la encuestóloga María de las Heras, los reacios suman aproximadamente 20 millones de personas. Es un porcentaje altísimo del padrón electoral. Por ello afirma que si en este momento fueran las elecciones presidenciales, el abstencionismo sería cercano al 60%, es decir, 32 millones de mexicanos del padrón se abstendrían de votar. Superando con muchos puntos la abstención de la elección presidencial de 2000, que fue del 40%.

Si recordamos, en la elección federal inmediata posterior a 2000, se superaron todas las expectativas negativas de baja participación: 65% de la población del padrón no participó. Se trata de un fenómeno contrario a lo que indica la experiencia: Después de una elección disruptiva, la población revalora el sentido de su participación y acude a las urnas. En posteriores elecciones empieza a declinar el porcentaje de sufragios. Pero en México, después del triunfo de Vicente Fox los números cayeron estrepitosamente; llegándose al extremo en dos entidades: Baja California y Chiapas donde la abstención registró un 68.7%. Por ejemplo, en nuestra entidad sólo participaron 552 mil 936 ciudadanos de un listado nominal de un millón

¿Perdidos?

769 mil 264; 1.2 millones de personas decidieron no acudir a elegir a representantes federales. Se alega que se trata de entidades con alta movilidad demográfica y donde el padrón pudiera no estar actualizado. Pero las cifras van más allá de ese problema y fue extensivo a todo el País.

De manera que el verdadero reto es lograr que los ciudadanos revaloren los procesos electorales como centro dinamizador de la democracia política. Los votos en casa nos sirven para consolidar nuestra democracia imberbe. Es necesario regresar a las urnas y hacer de la elección del 2 de julio una fiesta que de sentido y certeza al cambio político mexicano. La educación cívica juega un papel fundamental para modificar las conductas reacias a la participación. Todos tenemos un rol decisivo. Como afirman los teóricos de la corriente de "la calidad democrática", el Estado de Derecho es un ingrediente fundamental; el Gobierno y la administración pública deben de ser sus abanderados. Los partidos políticos también tienen una responsabilidad decisiva: Lograr campañas de altura, creíbles y sensatas. Los medios de comunicación, haciendo su trabajo de manera profesional y el IFE erigiéndose en el árbitro por excelencia y canalizando sus energías y recursos a la educación y difusión de la cultura democrática.

Revertir el fenómeno abstencionista que viene incrementándose en elecciones federales y locales debe ser un compromiso para lograr una sociedad más justa y menos desigual. La polarización entre quienes participan y quienes no lo hacen lleva a recordar el binomio democracia y autoritarismo. Ya sabemos qué implican ambos.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx
El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.